alta voz: «Señor, dadnos una vez más el ejemplo, mostrándonos vuestro valor, pues seguimos los pasos de V. M.» En este momento pasaban los franciscanos: los dos primeros llevaban la cruz y el agua bendita, y los demás velas encendidas. Seguian los tres ataudes llevados por doce indios, y últimamente las cruces de ejecucion y los banquillos. Entónces el capitan Gonzalez hizo señal á Maximiliano de que le siguiera, y el Emperador se adelantó valerosamente, diciendo á los dos generales: «Vamos á la libertad.» La procesion marchó lentamente por la calle del Cementerio, pasando por detrás de la iglesia y por el camino del acueducto.

Iba primero el Emperador, llevando á su derecha al abate Fischer, y á su izquierda al obispo; detrás marchaba Miramon, á quien sostenian dos franciscanos, y Mejía entre dos presbíteros de la parroquia de Santa Cruz. Cuando llegaron á lo alto de la colina, Maximiliano miró fijamente al sol, y sacando su reloj tocó un resorte que ocultaba el retrato en miniatura de la Emperatriz Carlota, besóle, entregando la cadena al abate Fischer, y le dijo: «Llevad este recuerdo á Europa á mi querida esposa, y si algun dia puede comprenderos, decidla que mis ojos se cerrarán con su imágen que me llevo al cielo.»

En cuanto llegaron cerca del gran muro esterior del cementerio, las campanas empezaron el toque de agonía: sólo los que componian la escolta estaban presentes, pues el público habia sido alejado á gran distancia. Se colocaron las tres banquetas con las cruces de ejecucion junto al muro, y tres pelotones compuestos de cinco hombres cada uno, con dos sargentos de reserva para el tiro de gracia, se acercaron á tres pasos de los condenados.

A cada uno de los soldados encargados de disparar, dió el archiduque un maximiliano de oro, moneda de veinte pesos. Abrazó á sus compañeros de infortunio y dijo con voz sonora: «Voy á morir por una causa santa, la de la independencia y libertad de Méjico. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva pátria! ¡Viva Méjico!»

El Emperador, al ver mover los fusiles, creyó que iban á hacer fuego, y acercándose á sus compañeros los abrazó con efusion. Miramon, sorprendido, cayó sobre la banqueta; pero Mejía devolvió á Maximiliano su abrazo, pronunciando palabras que nadie pudo oir, y despues cruzó los brazos sobre el pecho, sin quererse sentar. El obispo, acercándose á Maximiliano, le dijo: «¡Señor! dé V. M. en mi persona á Méjico entero el ósculo de reconciliacion; perdónelo todo V. M. en este instante supremo.»

Agitado interiormente el príncipe por una emocion visible, se dejó abrazar sin decir una palabra, y despues levantando la voz, dijo con gran firmeza: «Decid á Lopez que le perdono su traicion; á Méjico entero que le perdono su crímen.» Despues Maximiliano estrechó las manos del abate, que no pudiendo hablar, cayó á sus piés derramando abundantes lágrimas. Mucha gente lloraba; Maximiliano se desprendió dulcemente de las manos del obispo, y dando un paso, dijo sonriendo al oficial que mandaba la escolta: «A la disposicion de Vd.» A una señal del oficial la escolta apuntó; y murmurando algunas palabras en aleman, Maximiliano cayó envuelto en una nube de humo.

Tal fué el trágico fin de este príncipe desventurado, en la plenitud de la vida, puesto que aun no habia cumplido 35 años. El archiduque Fernando Maximiliano de Austria, por sus dotes de ingenio y de valor, era ciertamente digno de mejor suerte; honrado, leal, instruido, caballeroso, valiente, conocedor de las necesidades de la época actual; dotado de un vivo sentimiento de justicia; compasivo y afable con los pobres y desvalidos, en otro tiempo, ó en diversas condiciones y bajo mejores auspicios, hubiera sido un escelente monarca, aun supuesta su conocida debilidad de carácter, que no contribuyó poco á su triste destino. Fué fusilado el 19 de Junio de 1867.

Maximiliano, heredero de un nombre ilustre, pariente de casi todos los soberanos de Europa, quiso ser en el Nuevo Mundo la personificacion mista del Imperio y de la democracia. Descendiente de cien reyes que han gobernado las naciones europeas, solo en el secreto impenetrable del destino pudo estar escrito que sería el restaurador del Imperio en Méjico. Restauracion peligrosa, aunque fuera hija de un espíritu que conocia el progreso del siglo, y se tratára de un pueblo dócil y bueno que repugna los espectáculos de sangre; restauracion imposible, aunque la dinastía de Cárlos V tomára en sus manos la bandera de igualdad y libertad.

Los designios de la Providencia se cumplen fuera de toda prevision posible. Dos patíbulos lo revelan; el primero se levantó el 19 de Julio de 1824 para el gran Itúrbide; el segundo el 19 de Junio de 1867 para el archiduque de Austria. De esta doble catástrofe se desprende una gran enseñanza. Los pueblos, con su instinto, son el mejor maestro de los hombres de Estado, que en ese mismo instinto debieran aprender á gobernarlos. Desde el primer momento, en 1824 como en 1867, las masas consideraron como imposible el Imperio en Méjico, y la espresion popular de aquella opinion, es hoy un hecho consumado. Méjico ha vuelto á la República.

III.

A la primera noticia de la rendicion de Querétaro y de la captura de Maximiliano, el general Santana, que todavía se encontraba en los Estados-Unidos, creyó llegado el momento de satisfacer su ambicion y obrar por cuenta propia en los asuntos de Méjico. Derrumbado el Imperio, desconcertado y disperso el partido conservador, en vísperas de triunfar la causa de la República, parecióle fácil, recordando sus pasadas aventuras, imponerse á los mejicanos, antes de dar tiempo á que se afirmára la autoridad de Juarez. Mientras éste se afanaba en San Luis de Potosí en acelerar el término de su victoria con la toma de Méjico y Veracruz, únicas ciudades que aun resistían, el general Santana, acompañado de algunos de sus más adictos partidarios, se embarcaba á bordo del vapor *Virginia*, el 22 de Mayo, con tal sigilo y prudencia que nadie supo qué clase de pasajeros eran, hasta el dia siguiente en que dejaron el incógnito.

Parece que estaba en inteligencia con algunos de los jefes imperialistas de Veracruz, que debian entregarle la plaza, antes que fuese tomada por los juaristas. Llegó el *Virginia* á Veracruz el 3 de Junio, y las autoridades de la ciudad, que tenian ya noticia de la llegada de Santana, le hicieron una visita oficial, y le invitaron para que al dia siguiente fuese al castillo de San Juan de Ulua, como en efecto lo hizo, regresando al buque el 5 por la mañana.

El 7 por la mañana fué abordado el *Virginia* por un bote, en que iban el comodoro Roe, comandante del vapor de guerra americano *Tacony*, y Mr. Aynaly, comandante de la fragata inglesa de guerra *Jason*. El primero de ellos preguntó por el general Santana, y al serle presentado le anunció que debia trasladarse á su buque, de grado ó por fuerza. El general protestó hasta el punto de no querer obedecer, sin faltar por esto á la cortesía ni á la dignidad de su persona; en virtud de lo cual el comodoro americano lo hizo llevar entre algunos marineros al bote y á su buque. Puesto allí, el citado Mr. Roe le hizo saber, que le habia arrestado por haberse dicho en la ciudad que el general era enviado por el gobierno de los Estados-Unidos, y que el arresto tenía por objeto probar lo contrario, porque él se hallaba en directa comunicacion y de acuerdo con el general Benavides, jefe de las tropas juaristas que mandaba la plaza.

Por órden del comodoro Roe el vapor *Virginia* se presentó en Sacrificios á las diez de la mañana del 8, y el general Santana fué trasbordado otra vez á él; pero con órden espresa de que el buque no regresase á Veracruz, y de que su capitan no permitiese el desembarco del general en territorio mejicano. El vapor llegó á Sisai el 11 por la tarde, y el 12 por la mañana, segun unos, se presentó á bordo el comandante de las fuerzas liberales en aquel puerto, pidiendo en nombre del general Peraza, que le fuese entregado el general Santana; pero segun otros, desembarcó, creyendo encontrar la guarnicion sublevada ó dispuesta á sublevarse en cuanto él se presentára. Sea como quiera, lo cierto es que las autoridades juaristas de Sisai le prendieron, y que las personas que formaban el séquito del general, se empeñaron en seguirle y en sufrir su suerte, no obstante habérseles dicho que por ser estranjeros, podian irse libremente en el *Virginia*.

Los agentes de Santana propalaban que el general habia marchado de los Estados-

Unidos con acuerdo y beneplácito del gobierno federal; pero esto no era cierto, y los hechos se aclararon posteriormente en un *Memorandum* que se atribuyó á mister Seward, ministro de Negocios estranjeros en Washington. Despues de refutar las aseveraciones de los agentes de Santana, y de calificar al ex-dictador de filibustero, se aseguraba en el *Memorandum* que el buque que le condujo á Méjico no pertenecía á los Estados-Unidos, sino que dependia de Santana, y debia utilizarse en una espedicion particular, violándose las leyes de neutralidad.

«A fin de comprender bien el asunto,—continuaba,—es necesario recordar que Méjico ha sido desde hace muchos años, teatro de una guerra civil asoladora, agravada por los inconvenientes políticos de una intervencion estranjera. Santana vino á los Estados-Unidos por su propia voluntad en 1866. En distintas ocasiones acudió al presidente de la República, solicitando su apoyo material para emprender operaciones militares en Méjico.

»Durante la guerra civil, dos partidos se disputaban el poder supremo: uno, el gobierno republicano, del que D. Benito Juarez era presidente; otro, el difunto príncipe Maximiliano, que se sostenia por la fuerza y por la intervencion estranjera. Los Estados-Unidos han rehusado constantemente reconocer el pretendido gobierno imperial de Maximiliano, insistiendo al mismo tiempo para que cesára la intervencion militar francesa. Cuando el general Santana pretendió el auxilio y proteccion de los Estados-Unidos, y se pidieron informes, se supo que el gobierno de Méjico le consideraba como un enemigo de la República.

»Los Estados-Unidos desde entonces han rechazado toda clase de correspondencias y comunicaciones con el general, ya personalmente ó bien por intermediario: al mismo tiempo se dió órden á todas las autoridades civiles y militares de impedir cualquiera espedicion que pudiera organizar Santana contra Méjico. Este era el estado de las cosas cuando el ex-dictador salió de Nueva-York á bordo de un buque, fletado por sus agentes, y se presentó en la rada de Veracruz, como encargado de una mision confidencial del gobierno americano.

»El *Virginia* era una embarcacion mercante y estaba completamente bajo las órdenes de Santana, sirviéndole de cuartel general para violar, bajo la proteccion de la bandera americana, las leyes de neutralidad. Correspondia, pues, al cónsul de los Estados-Unidos y al comandante de la estacion naval impedir esta violacion, con tanto más motivo cuanto que la capitulacion de la plaza era inminente, y dejando introducirse en ella á Santana, era probable el alzamiento de una parte de la guarnicion y el saqueo de la ciudad. El ministerio de Estado aprueba la conducta de sus agentes en esta circunstancia, y la órden que dieron al capitan del *Virginia* de alejarse de las costas mejicanas.

»En lo que concierne al viaje del *Virginia* á Sisai, tambien se verificó por órden de Santana. El buque no llevaba á bordo ninguna clase de mercancías, y nada tenía que hacer en el Yucatán. A su llegada á Sisai, apresuróse Santana á ofrecer sus servicios al gobierno del Estado, al mismo tiempo que escribia al general Taboada, comandante imperialista de Veracruz, solicitando su concurso.

«Un buque conduciendo filibusteros irlandeses no tardará en llegar á ese puerto,—decía el ex-dictador,—é importa que esteis preparados para recibirlos.» Estos filibusteros son probablemente los que se reclutan en este momento entre los *rowdies* irlandeses de Nueva-York.

»Santana, por último, desembarcó voluntariamente, sin ser objeto de prision ni de violacion alguna. Creia que la guarnicion liberal de Sisai iba á pronunciarse en su favor, mas fué, por el contrario, preso y enviado á Campeche. Así resulta de una carta escrita por el mismo Santana. Es falso, por lo tanto, que buques mejicanos hayan amenazado echar á pique el *Virginia*, si su capitan no entregaba al ex-dictador, y lo es tambien que soldados liberales invadieran el buque, arrebatando al general y hollando el pabellon americano. Estos falsos rumores han sido esparcidos por los agentes del ex-dictador.»

La prensa europea, complaciéndose en pintar bajo el aspecto más desfavorable los actos del gobierno republicano, aseguró con

insistencia que el general Santana habia sido entregado á un consejo de guerra, y fusilado; mas pasado algun tiempo se supo la verdad. Santana estuvo preso algunos meses; pero ya fuese que nada se le pudiese probar, ó ya que el gobierno de Juarez, tuviera en consideracion los distinguidos servicios que en otro tiempo habia prestado á la independencia del país, y á la causa de la República, se le devolvió la libertad á condicion que abandonára el territorio mejicano.

Creemos que actualmente se encuentra Santana en los Estados-Unidos, desde donde acecha tal vez una ocasion oportuna para encaramarse al poder. Si tales son sus proyectos y tal su secreta esperanza, parécenos que una y otros han de quedar defraudados. El tiempo no pasa en vano, y los tiempos de Santana pasaron para no volver. De sus antiguos servicios, tal vez guarden los mejicanos algun recuerdo; lo poco que le quedaba de popularidad lo ha perdido con sus últimos desaciertos; y en cuanto á sus influencias personales, son ya tan escasas, que perdería el tiempo y sacrificaría inútilmente á sus más obcecados partidarios, si algo intentára contra el actual órden de cosas. Sin pretender que se nos tenga por profetas, nos atrevemos á asegurar que el general Santana, cuya edad es ya bastante avanzada, morirá oscurecido en tierra estranjera, sin dejar en Méjico otra memoria que la de sus últimas y deplorables aberraciones.

IV.

Despues del fusilamiento de Maximiliano, Miramon y Mejía, fueron muy contadas las víctimas: los vencedores no se ensañaron con los vencidos, como algunos pretendieron propalar por Europa, con el objeto de hacer odiosos á los republicanos. Satisfecho Juarez con su victoria, no se entregó á sangrientas y estériles venganzas, dando un alto ejemplo de clemencia, y demostrando que si grande fué el esfuerzo de su corazon en la adversidad, no es ménos grande la magnanimidad de su alma en los dias prósperos. Despues de la catástrofe de Querétaro, no corrió más sangre que la de los generales O'Haran y Vidaurri, que fueron inmolados en la capital.

Uno de los primeros actos del gobierno republicano, al saber que los procesados de Querétaro habian sufrido sus sentencias, fué dar órden al general Escobedo que pusiera en libertad á los jefes imperialistas prisioneros en aquella plaza. Son dignas de ser conocidas las palabras que les dirijió Escobedo, á quien se suponia tan sanguinario, al cumplimentar la órden del gobierno. «El gobierno supremo,—dijo,—puede disponer de aquellos que olvidando que eran mejicanos, han combatido en favor de un estranjero elevado al poder por los invasores; pero el gobierno, siempre magnánimo, perdona á aquellos que hasta ahora se han mostrado enemigos de su pátria, esperando que su futura conducta responderá á la clemencia empleada con los hijos estraviados de Méjico. Estais libres, y podeis pedir vuestros pasaportes para los puntos donde querais fijar vuestra residencia.»

Todos los prisioneros estranjeros, que ascendian á cuatro ó cinco mil, entre franceses, austriacos y belgas, fueron más tarde puestos en libertad, y marcharon hácia Monterey con direccion á los Estados-Unidos.

No se concibe el empeño del general Marquez en prolongar la resistencia de la capital, aun despues de haberse plenamente confirmado la rendicion de Querétaro. Ignorábase entonces que obraba en poder del señor Lacunza la abdicacion de Maximiliano, para publicarla tan pronto como se supiera que éste fuera muerto ó prisionero. Al general Marquez no debia ocultarse lo que habia pasado en Querétaro; sabía á no dudarlo que el archiduque estaba prisionero, que vivia, pues nos referimos á los dias anteriores al 19 de Junio, y sin embargo, se obstinaba en continuar la guerra sin bandera.

No se conoce con exactitud lo que pasó en la capital desde que llegó la noticia de la captura de Maximiliano. Parece sin embargo que cuando se supo de una manera evidente que el Emperador estaba preso, dióse publicidad á la abdicacion que obraba en poder del Sr. Lacunza. La abdicacion era en favor del jóven príncipe Itúrbide, bajo la regencia de la Emperatriz Carlota. Marquez hizo proclamar al punto como Emperador de Méjico á Itúrbide, y prosiguiendo por la senda de violencias que habia emprendido,